
Historia de un guisante

Mariló Sánchez Tenor

Había una vez un guisante verde que se llamaba Larry.

Larry era un guisante verde como cualquier otro, joven y fuerte, redondito, y su verde aún era claro y brillante. Estaba en unas condiciones óptimas para formar parte del gran batallón de guisantes verdes del cesto,

preparado para salir hacia el gran camión de ocho ruedas que se dirigía a la ciudad.

Larry pertenecía a una comunidad tradicional de guisantes verdes. En su escuela era un alumno aventajado, le encantaban las matemáticas, las ciencias de la naturaleza, y sobre todo, la literatura. Le gustaba soñar con un sitio distinto al campo donde vivía, con las ciudades, los ríos y mares más allá de la sierra.

- Algún día Larry llegarás a la Gran Ciudad, junto con tus compañeros. Y verás todo lo que allí hay... -le decía su viejo y sabio profesor.

- ¿Y veré cosas distintas?

Los compañeros de clase de Larry pensaban que era un soñador. Siempre pensando en el más allá, en tener otro tipo de vida.

- Larry, eres un soñador, y un raro. Todos terminaremos tal y como terminaron nuestros padres, y los padres de nuestros padres: en el gran camión de ocho ruedas. Terminaremos en un almacén de la Gran Ciudad, en una bolsa de congelados. Ese es nuestro único cometido -le decían.

Pero a Larry le entristecía esa idea. ¿Ese era su cometido, terminar con tres mil guisantes más como él en una bolsa de congelados? Le parecía horrible.

- Pero al menos luego, una vez allí, puedo cambiar la situación, ¿quién sabe? -se defendía Larry- Podría dar un paseo y conocer la Gran Ciudad y sus habitantes. Puede que haga nuevos amigos...

- A decir verdad -aclaró el profesor- en la Gran Ciudad los guisantes no se juntan más que con guisantes. Sería una locura lo contrario...

- ¿Pero por qué? -Larry no quería entender.

- Porque los guisantes vamos con guisantes. En una bolsa de guisantes. Y punto. Siempre ha sido así, y siempre lo será -concluyó el profesor.

El pequeño Larry se marchó a casa muy triste ese día. Su vida no iba a ser diferente a cualquier guisante verde del mundo. Todo lo que había estudiado en

la escuela y todos sus sueños, ahora no valían para nada: sólo para terminar en un congelador. Como mucho en una sartén con aceite. ¡Qué destino tan desdichado! No iba a conocer los misterios de la tierra, ni a hacer progresar el mundo. Como mucho llenaría la panzota de algún vegetariano de la Gran Ciudad.

Pasaron las semanas. Y el gran día llegó. Ese día el profesor les entregó un pequeño diploma a cada uno de sus alumnos y alumnas.

- *Chicos, chicas* -dijo el profesor emocionado- *hoy es vuestro día. El día en el que vuestro destino se va a realizar. Haced de nuestra comunidad el orgullo de la provincia: los guisantes más tiernos, verdes y frescos que jamás hayan llegado a la Gran Ciudad.*

Larry asintió con la cabeza. Él era de los más tiernos y verdes de entre todos sus compañeros y compañeras. Sabía que no defraudaría.

Todos los jóvenes guisantes fueron formando filas para llegar al capazo que les subiría hasta el gran camión de ocho ruedas. Larry miró el campo con orgullo y tristeza. Su tierra, su hogar. Pero en el fondo de sí mismo había algo que le gustaba, una idea vaga, una sensación. La incertidumbre de no saber que le esperaba más allá del gran camión de ocho ruedas, la experiencia de poder conocer otro mundo.

El viaje fue lento y pesado. Hacía frío, era ya Febrero, y tuvo que abrigarse para poder soportarlo. Pensó que pasaría mucho más frío cuando tuviera que vivir en un congelador. Sus compañeros y compañeras de viaje estaban exaltados y nerviosos, contaban chistes malos y bromeaban sobre su futuro.

A la mañana siguiente, muy temprano, el gran camión de ocho ruedas llegó a un almacén. Apenas estaba amaneciendo. Larry sacó su pequeña cabecita verde a través de sus compañeros del cesto para ver las novedades. Se oían voces, gente humana trabajando, corriendo, descargando...

Larry sintió un pequeño punzón en su corazoncito. Pronto estaría en unas plataformas donde lo seleccionarían, y luego pasaría por el proceso de congelación. Ni siquiera había podido ver la Gran Ciudad, que estaba ahí fuera, casi la podía tocar con la punta de sus dedos. Sintió un impulso, una llamada a

la aventura. Ya estaban bajando su capazo. No lo pensó, directamente actuó, saltó del cesto y ¡zas! Rodó por el suelo hasta tropezar con una puerta abierta.

Una de sus compañeras le chilló -¡¡Larry!! ¿Estás loco? ¿Estás bien?-le preguntó sorprendida y preocupada.

- ¡¡¡Mejor que nunca!!!

Sus compañeros y compañeras del cesto no podían dar crédito. Larry era un desertor. Acababa de contrariar a su destino. El destino de todo guisante verde. Lo veían alejarse a todo prisa hacía las calles de la Gran Ciudad. Gritaban su nombre para que volviera, pero ya era tarde: Larry era un guisante libre.

Nuestro pequeño guisante caminó por las calles de la Gran Ciudad, con cautela para que ningún humano le espachurrara. Se asombraba con los carteles y escaparates de las tiendas, con las luces, los sonidos. Todo era nuevo y emocionante. Los gatos. Los niños y niñas jugando. Los contenedores de basura. Los semáforos. Larry era feliz. No sabía cual sería su destino, pero tenía claro que sería el destino que él eligiera.

Pasó por delante de una tienda de fruta y verdura.

- ¡Oh! Otras especies... ¡fascinante! -Larry se moría por conocer las costumbres y tradiciones de los tomates, de las alcachofas y de las judías verdes- ¡Qué maravilla!

A lo lejos vio la pieza más hermosa de cuántas había visto en su vida: Una hermosa anaranjada y esbelta que le sonreía desde el mostrador. La estaban metiendo en una bolsa de plástico verde junto con otras piezas y especies, y un humano se disponía a pagar.

Larry se subió sobre el zapato del humano. Cuando éste cogió la bolsa y la dejó colgando rozando sobre su pierna izquierda, mientras caminaba por las calles, Larry saltó al interior de la bolsa de una forma casi heroica. Debía conocer la historia de la chica de sus sueños.

En el interior de la bolsa Larry fue bien recibido.

- *Hola compañero* -le dijo un gordo tomate colorado.

- *¿Qué te trae por aquí?* -le preguntó una hermosa patata, llena aún de tierra.

- *Pues no sé... quería conocer el mundo* -les contestó Larry.

Larry se acercó a su amada. No podía creer lo bella y natural que era. Tan fresca. Tan viva.

- *¿Y tú qué eres? ¿Cómo te llamas?* -le preguntó.

- *Soy una zanahoria. ¿nunca habías visto ninguna?* -le preguntó con cierto asombro- *mi nombre es Julia.*

A Larry le pareció el nombre más bello del mundo: Julia.

- *Estamos en la bolsa del mejor cocinero de la Gran Ciudad. Has tenido suerte, ¿sabes?* -le dijo Julia-, *es un chef muy bueno, le gusta experimentar, mezclar alimentos, y a la gente le encanta como cocina. Puede que salgamos en alguna foto incluso cuando estemos elaboraditos. Y nos pondrá muy guapos, ya verás.*

Larry se sentía afortunado. Había encontrado a Julia, y al resto de la bolsa. Por primera vez en su vida sentía que encajaba. Y por fin podía mezclarse con otras piezas sin que nadie le juzgara.

Al llegar a la cocina, el humano sacó los ingredientes de la bolsa. De repente se fijó en Larry.

- *¡Qué extraño! No recuerdo haber comprado guisantes, bueno se habrá colado* -el chef se quedó mirando a Larry pensativo- *puede que... sí, incluiré guisantes en mi nueva receta...*

- *¡Oh! ¡Qué fortuna la mía Julia!* -exclamó el guisante.

- *Si Larry. Y estaremos juntos hasta el final de nuestros días* -le contestó ella.

- *Oh Julia, eso me hace muy feliz* -Larry miró a Julia con amor. Ella le devolvió la misma mirada.

- *A mí también.*

Esa noche había una gran rueda de prensa. Fotógrafos, gente importante de la Gran Ciudad. Se estrenaba el nuevo plato del Chef. Era una creación nueva y pensaban que se convertiría en un buen plato de la gastronomía española.

- *¿Cómo se llama su creación?* -preguntó uno de los periodistas.

- *Ensaladilla rusa* -contestó el chef.

Las fotos salieron en todos los periódicos y el plato encantó al público. Las noticias llegaron al campo, nadie podía dar crédito a los que sus ojos veían y leían en los periódicos de la Gran Ciudad: era Larry en la portada, abrazado a su amada zanahoria, posando orgulloso, y peinado con mayonesa. Junto a él otras especies posaban felices.

Larry no sólo consiguió ser libre y decidir su destino, si no que demostró que se pueden tener amigos de distintas procedencias y características, y aún así, formar parte de uno de las recetas más deliciosas del mundo.

- *¿Cuál es el secreto?* -preguntó otro periodista.

- *La mezcla, sin duda* -dijo el chef mirando a Larry.
